

V



Después de la fiesta, cuando las literas de los últimos convidados se perdieron á la luz humeante de las antorchas entre los árboles del jardín, Dyonisios sintió un intenso deseo de soledad, y evadiendo las caricias de Lais, se refugió en el sereno recogimiento de su cámara.

Una vaga inquietud le atormentaba.

Se sentía desterrado en su propia patria. Grecia era para él una inmensa Necrópolis.

## FRANCISCO VILLAESPESA

Filósofos y retóricos habían acabado juntamente con la Religión y con el Arte.

En sus Templos, cuyos mármoles blanqueaban en bosques sagrados de laurel, manos fanáticas llegaron á inmolar víctimas humanas en honor de monstruosas divinidades.

Sandalias extranjeras profanaron el misterioso refugio de las Ninfas y de las Musas.

Y hasta sus ruinas eran transportadas en grandes flotas á Roma para adornar como trofeos las fastuosas calzadas imperiales.

Nadale ligaba á aquella sociedad degenerada.

Su mismo amor á Lais, más que pasión humana y ardiente, era sólo saudosa nostalgia de los bellos tiempos pasados.

Sus formas eran las únicas que podrían mostrarse desnudas al sol, en medio de la magnificencia de las insignes estatuas.

## ZARZA FLORIDA

Amaba en el cuerpo impecable y en el espíritu amplio y armónico de la cortesana, á la Grecia antigua, al pueblo artista que había sabido colocar por encima de todos los cultos el inmutable y divino imperio de la Belleza.

Algo nuevo alboreaba en su espíritu, confundidamente, como un sol de invierno entre las nieblas húmedas del amanecer.

Las palabras de Pablo resonaban persistentes en sus oídos. Iban y venían, sordas y tenaces, como el zumbido turbador y monótono de un abejorro, en el sopor de la siesta, junto á los surtidores borboteantes, bajo la sombra recatada de las vides pomposas.

Aquella vida, aquel mundo nuevo que surgía ante su vista atónica, acabó por subyugarle, adormeciéndole en un ensueño diáfano y tranquilo.

FRANCISCO VILLAESPESA

En los lampadarios de bronce la luz aleteaba como un pájaro moribundo.

Las brisas del jardín, entre perfumes enervantes, traían el rumor de la fiesta de los esclavos. Gritos y chillidos, risas y canciones que se alejaban y se perseguían indistintamente, y sobre las cuales, dominándolo todo, resonaba á veces el largo y estridente alarido de los pavos reales.

De pronto, Dyonisios abrió los ojos, presa de un súbito y brusco sobresalto, como si una mano invisible lo despertara.

La obscuridad le envolvía, y sólo allá en el fondo, por el hueco de las ventanas, penetraban el plateado resplandor de las estrellas y el azul profundo del cielo extático.

Un rruiseñor cantaba á lo lejos; y la poesía de aquella música nocturna le impresionó tan hon-

ZARZA FLORIDA

damente que permaneció largo tiempo inmóvil, como suspenso en el encanto de sus notas, creyendo descubrir en ellas la clave de un misterio.

Y más bella, más precisa, resplandeciente de blancura en el negror trágico de la noche, surgió de nuevo ante su estupefacción la imagen apenas entrevista en las nebulosidades del ensueño.

Avanzaba serenamente, con los brazos abiertos en forma de cruz, por un camino irreal que florecía luminoso bajo el milagro estelar de sus sandalias.

Las manos y el costado manaban tibios hilos de sangre, y su frente se inclinaba resignadamente bajo el dolor punzante y agudo de las espinas.

Llegó hasta el borde mismo del lecho, envol-

## FRANCISCO VILLAESPESA

viendo á Dyonisios en la piedad ilimitada de su mirar sereno, repitiéndole, como un eco musical y dulcísimo, las últimas palabras de Pablo:

—Encantos pasajeros de los sentidos: ¿qué sois, comparados con los eternos goces del espíritu?

Él vió claramente la aparición; había sentido en sus sienes calenturientas la misericordia de las manos taladradas, y hasta su aliento respiró un perfume de infinito.

Aun en sus oídos resonaba aquella voz única, voz de consuelo, que parecía envolverle en un olvido de sedas y de éxtasis.

Recordaba la historia de Pablo, y la voz misteriosa, y la claridad deslumbrante que le señalaron un nuevo rumbo, y creyó que también á él una mano de luz le indicaba el camino, en medio de la noche oscura de su alma.

## ZARZA FLORIDA

Saltó del lecho, ávido de afirmar ó desvanecer aquel ensueño, y mandó á sus siervos preguntaran en la ciudad la posada del Apóstol judío, deseoso de conocer las verdades que predicaba, y ser iniciado en aquel culto que hacía del amor principio y fin de la vida.

—Llevalle—dijo—las palomas más blancas, las pieles más costosas, las joyas más caras...

—Señor—exclamó humildemente, inclinándose hasta casi rozar el suelo con las manos, un viejo esclavo galileo—Pablo no admite más presentes que una buena voluntad. Vive con pobreza, y sólo acepta lo indispensable: un cuenco de agua y un pedazo de pan. Si quieres conocerle, yo te llevaré al lugar donde congrega sus fieles: en un extremo de la ciudad, bajo los plátanos del Illiso...

Dyonisios partió con el siervo.

## FRANCISCO VILLAESPESA

El tráfico empezaba á despertar en las amplias vías de los comerciantes y en los alrededores del Mercado.

Grupos de marineros borrachos regresaban al Pireo, canturreando obscenidades y abrazados á la cintura de viejas prostitutas, cuyos flácidos rostros, todos ojeras, reflejaban el cansancio y el agotamiento de las largas noches viciosas.

Algunas literas, rodeadas de esclavos, atravesaban la plaza, de vuelta de alguna orgía sostenida hasta el amanecer. Entre los ricos cortinajes de púrpura y oro, se veían á veces ojos cargados de voluptuosidad, ó pálidas manos enjoradas que se inclinaban para refrescar su ardor en el perfume matinal.

Los fruteros abrían con estruendos sus barracas, ó descargaban largas recuas de asnos,

## ZARZA FLORIDA

mientras los recueros desinflaban á grandes tragos felpudas odres de piel.

En una encrucijada, sombreada de mirtos, la blancura de una estatua rasgaba las humeantes neblinas del alba, mostrando al caminante su plinto cubierto de coronas y de espigas votivas.

Bajo los pórticos del Mercado, vendedores de higos de Smirna disponían en anchas canastillas de mimbre, sobre pomposas hojas de vid, las fragantes mercancías, ensayando sus pregones insinuantes. Y de las entreabiertas barracas de las floristas se escapaba un húmedo perfume primaveral de flores recién cortadas, mientras manos expertas tejían ramos y coronas festoneados de hiedra y laurel.

Los primeros gorjeos de las golondrinas, que desentumecían las alas revoloteando en las altas cornisas, se mezclaban con el canto monó-

FRANCISCO VILLAESPESA

tono y repiqueteante de las codornices enjauladas.

En algunos umbrales humeaban, sobre trípodés de bronce, braseros de incienso, y las guirnaldas que festoneaban sus puertas parecían revivir milagrosamente en la fresca matutina.

Á orillas de una fuente, un rebaño de cabras ramoneaba en los zarzales floridos.

Á lo lejos, envuelto en la claridad dorada del día, centelleaba con su blancura intacta de nieves inaccesibles el Partenón. En sus muros resonaban ya los primeros golpes de las piquetas que le despojaban de alguna nueva estatua, de algún friso, para ofrecerlo después en nombre de la Ciudad al Procónsul romano.